

The background of the book cover is a textured, light gray surface. On the right side, there is a dark silhouette of a person wearing a top hat and a red bow tie. A large, diagonal red and white striped sash, resembling the Peruvian flag, crosses the image from the bottom right towards the center. In the center-left area, there are several dark, sharp, radiating lines that look like cracks or splatters, creating a sense of impact or conflict.

Carmen Mc Evoy

HOMO POLITICUS

MANUEL PARDO,
LA CULTURA POLÍTICA
PERUANA Y SUS DILEMAS
(1871-1878)

CRÍTICA

HOMO POLITICUS

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

*La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

HOMO POLITICUS

© 2022, Carmen Mc Evoy

Edición: Maricarmen Arata

Corrección de estilo: Sue Ellen Gora Prado

Ilustraciones de portada e interiores: Giovanni Tazza

Imágenes interiores: Biblioteca Nacional del Perú e Instituto Riva-Agüero

Diseño de portada: Departamento de Arte y Diseño de Editorial Planeta Perú

Diseño de interiores: Susana Tejada López

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello editorial: Crítica

Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: abril 2022

Tiraje: 3000 ejemplares

ISBN: 978-612-5037-05-3

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2022-03331

Impreso en Aza Graphic Perú S. A. C.

Av. José Leal 257, Lince, Lima, Perú

Lima – Perú, abril 2022

Carmen Mc Evoy

HOMO POLITICUS

MANUEL PARDO,
LA CULTURA POLÍTICA
PERUANA Y SUS DILEMAS
(1871-1878)

COLECCIÓN CARMEN MC EVOY

CRÍTICA

Introducción	10
1 • La encrucijada peruana	28
2 • La formación de un político moderno	84
3 • Los trabajos eleccionarios	138
4 • La república violentada	192
5 • La República Práctica	236
6 • Leviatán revivido	286
Dossier	335
Cronología	345
Anexos	357
Bibliografía anotada	369

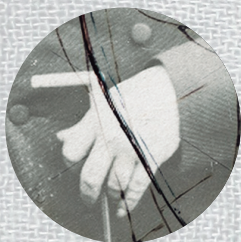
Este libro es para Enrique, por todo lo vivido.

*Los que tenemos auestas la fatalidad de llevar el nombre
de jefes de partido en las Repúblicas de América
no podemos hacer otra cosa, sino levantar la bandera
y pasar los primeros el puente con ella.
No hay alternativa. Es como el to be or not to be
de Shakespeare.*

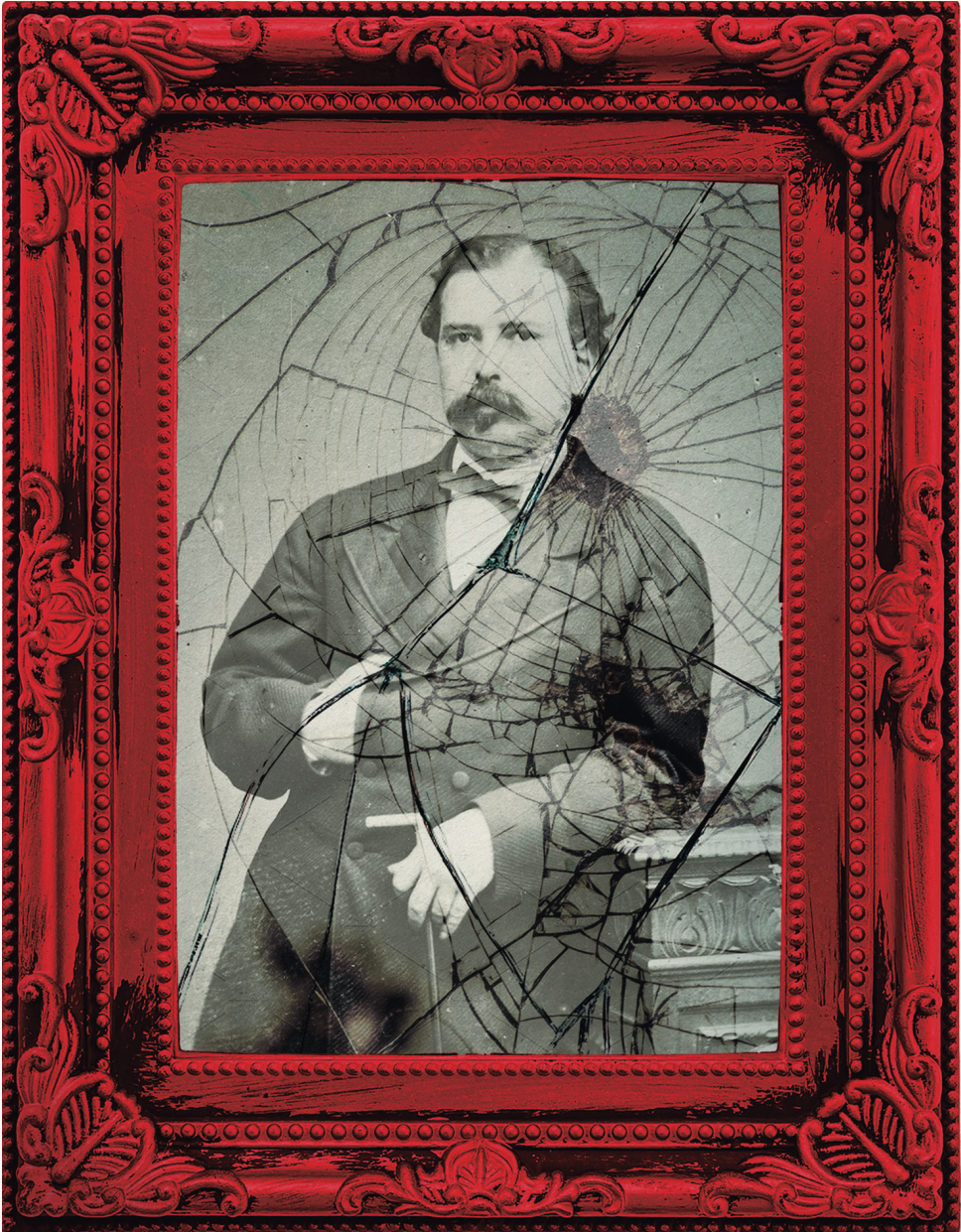
Manuel Pardo

*Lo más difícil de aprender en la vida es
qué puente hay que cruzar y qué puente hay que quemar.*

Bertrand Russell



INTRODUCCIÓN



I

Semejantes a los destellos que proyecta un espejo roto, así operan las múltiples y contradictorias imágenes que componen el retrato histórico de Manuel Pardo. Si desde cierto ángulo emerge la figura del aristócrata impenitente, del último vástago de la vieja casta virreinal, desde otro aparece el perfil del estadista moderno, del hombre que revolucionó la política peruana con indudable convicción. Frente a la sombra del guanero ambicioso que fundó un partido para defender sus intereses de clase, se alzan las señas del primer civil que accedió a la presidencia de la república. En el anverso, el amargo trance de la bancarrota fiscal; en el reverso, la postal de su asesinato en las puertas del Senado. De un lado, la memoria de una juramentación presidencial inédita en la historia del siglo XIX; del otro, el recuerdo del conjunto de decisiones políticas que llevó al Perú a la guerra con Chile. En la aurora, su personalidad fascinante; en el crepúsculo, el político infamado e incluso incomprendido.

Tal vez porque su proyecto de país tomó un giro inesperado es que aún existe desacuerdo frente al legado histórico del fundador del Partido Civil. El hombre que se propuso integrar políticamente al Perú está asociado a su mutilación territorial, quien procuró sanear su economía es visto como responsable de su ruina, y aquel que buscó cimentar la paz social terminó creando las condiciones que lo llevaron a un desastre bélico. Pardo atrae y provoca controversia porque, para descifrar el mosaico de imágenes que de él disponemos, se requiere de un ejercicio que no es meramente intelectual. Entre otras tareas, supone un esfuerzo íntimamente relacionado con la manera en la que los peruanos hemos procesado el recuerdo de la Guerra del Pacífico, y también con la forma en que trabajamos nuestras propias contradicciones. Para quienes enfrentan este tipo de dilemas enjuiciando el pasado, Pardo es el inculcado que todo

fiscal anhelaría tener: es blanco y rico, tiene un apellido de raigambre colonial, firma el Tratado de Alianza Defensiva con Bolivia y, además, el decreto de estatización de las salitreras. En suma, ¿qué más pruebas se necesitan para declararlo culpable de todos los fracasos del siglo XIX e incluso los del XX? ¿Será posible aproximarse al personaje evitando la miopía de interesado inquisidor?

Para entender a Pardo y su mundo, hay que transitar con él por los caminos de la «prosperidad falaz» y explorar los múltiples dilemas de una etapa vibrante en la cual el Perú ingresó en la lista de los países más ricos y endeudados del planeta. Bien sabemos que el descubrimiento de ese fabuloso recurso que fue el guano permitió a la sociedad peruana escapar del ciclo de pobreza y anarquía al que parecía estar condenada. Sabemos, asimismo, que la bonanza no fue suficiente para superar esa otra pena que la mantenía encadenada al puño de hierro de los militares del siglo XIX, ingratos herederos de esa tradición republicana que permanecía cautiva entre ruido de sables, ambiciones desatadas y mezquindades de galones.

II

Desde sus orígenes, el republicanismo peruano estuvo asociado a la idea de un gobierno representativo, cuyo objetivo principal era preservar el bien común. Precisamente, en este marco jurídico-cultural debían florecer y estimularse las virtudes cívicas necesarias para el éxito del nuevo orden: austeridad, moderación, trabajo, moralidad y respeto por la ley. Pero, hacia mediados del siglo XIX, la cultura guerrero-guanera impuesta por los militares había consolidado un modelo político totalmente opuesto al republicanismo auroral. Fue la era de gobiernos castrenses autoperpetuados mediante elecciones militarizadas, de la corrupción institucionalizada como mecanismo de movilidad social, del dispendio fiscal como método de control político, de presupuestos militares exorbitantes, de la cultura del

favor y, por supuesto, de una pobreza galopante producto de la falta de trabajo y oportunidades. Este era el desolador panorama de la «república del guano». En eso quedó convertido el legado republicano que, aunque marcado por la esclavitud y la exclusión, los militares tomaron por asalto y reformularon a sus anchas.

El análisis minucioso de la cultura política diseñada por los caudillos militares, a la cual se enfrentarían Pardo y los suyos, permite entender la gran influencia que la ideología republicana ejerció en su proceso de conformación. Ahora pienso que, en lugar de dos tradiciones en conflicto, como lo planteé hace algunos años en mi libro *La utopía republicana* (1997), existe una sola tradición, la que, desde sus orígenes, incorporó a los militares: la función que ellos cumplen dentro de la misma es resguardar a la república del «monstruo de la anarquía». Esta idea —que solo se entiende desde la impotencia del mundo civil en un escenario de guerra permanente— tiene por modelo el desarrollo histórico de las repúblicas antiguas, en especial la de Roma. El proceso de elaboración de un republicanismo militarizado, en el que participan ideólogos civiles, determina que el legado republicano, originalmente dominado por el espíritu civil, se vea totalmente alterado y distorsionado. Más aún, nos ayuda a entender por qué «los soldados de la república» —bajo el pretexto de los servicios prestados a la patria— se convirtieron en la corporación política más poderosa del siglo XIX.

Fue la indiscutible destreza en el manejo de la cultura política de la guerra —que se instauró en el Perú luego de la independencia y que se trasladó más tarde al campo electoral— lo que permitió a los militares hegemonizar el poder por casi medio siglo. De ahí que en todas las elecciones los candidatos civiles fueran derrotados de manera estrepitosa por el protegido del mandatario saliente, invariablemente, un militar. Este monopolio les será arrebatado de manera violenta en 1872, cuando, en su camino hacia la presidencia de la república, Pardo y sus seguidores recuperen el legado de los padres fundadores, y establezcan el diálogo y la apertura política

como base de la democracia. Mediante este acto de gran trascendencia histórica, descubrirán las inmensas posibilidades que la tradición republicana aún podía ofrecer al Perú.

III

Una de las preguntas que constantemente surge cuando se estudia a Manuel Pardo —y que, por supuesto, abordo en este libro— tiene que ver con el momento en que nuestro personaje decide ingresar a la arena política. ¿Cuál es el evento que transformará radicalmente su vida, la de su familia y la historia del Perú? Corresponde advertir que hemos dejado de lado la explicación convencional que vincula esta resolución a la decisión del coronel José Balta de retirar la consignación del guano a los nacionales. Creemos, desde otro punto de vista, que la originalidad de Pardo no reside únicamente en su esfuerzo por reinventar la política peruana, dotándola de nuevas formas y contenido, sino en su intento por delinear un derrotero inédito hacia el cual dirigir los pasos de sus conciudadanos.

Esto nos remite al modelo que toma de su padre, Felipe Pardo y Aliaga, un «hombre de traje negro», que, como tantos otros intelectuales de la época, fue utilizado por los caudillos militares. Aun cuando su vena racista, compartida por muchos de su generación, hace que lo veamos en la actualidad como un personaje políticamente incorrecto, el padre de Pardo tiene una visión moralista de la vida y del quehacer político que se proyecta en su primogénito. Así, es el sentido del deber con su partido lo que llevará a Pardo y Aliaga a regresar al Perú a pesar de que existían amenazas de muerte contra su persona. El fallecimiento del dramaturgo —ocurrido en 1868, después de una penosa enfermedad— se convierte en un momento de reflexión en el que Manuel Pardo no solo asume el legado paterno, sino también la responsabilidad que este, con todas sus contradicciones, conlleva. Otra coyuntura de crisis

es la que rodea la temprana desaparición de uno de los hijos del líder civilista, el cual fallece víctima de la peste de fiebre amarilla que azota Lima en el mismo año de su ejercicio de la presidencia de la Beneficencia. Si la larga agonía de su padre Felipe lo obliga a volver la vista al pasado, y la de su hijo Manuel, a preguntarse sobre la posibilidad de un futuro, la coalición que se forma para oponerse al candidato del gobierno —el general José Rufino Enchenique— le exigirá definir su papel en el presente político del Perú. Es así como en abril de 1871 Pardo es nominado candidato, con grandes posibilidades para triunfar sobre la maquinaria electoral del gobierno, abrigando una vez más la esperanza de terminar con casi medio siglo de predominio militar.

Por todo lo anterior, señalar que Pardo es tan solo el representante de una burguesía nacional —un hecho indiscutible a la fecha— significaría desconocer la verdadera esencia de una personalidad forjada en diálogo permanente con una historia rica, compleja y difícil como es la peruana. El fundador del Partido Civil es la voz de esa intelectualidad nativa que, en medio de la guerra y de la crisis económica, se propone diseñar la hoja de ruta y definir el instrumental teórico que permitan retomar el dominio sobre un rumbo histórico que se cree perdido. A estas alturas, ya muchos conocen la saga del empresario exitoso que vislumbra un Perú exportador cruzado por caminos de hierro en medio de una frontera económica en permanente expansión. El presente libro confirma que Manuel Pardo no se agota en ese retrato. En la definición de esa hoja de ruta y ese instrumental teórico, por ejemplo, aparece el perfil del político y del ideólogo, facetas que emergen de nuevo cuando nos detenemos en el argumento de la «República de la Verdad», conjuro que animó ese acto de valentía y simbolismo que significó el triunfo contra los señores de la guerra.

IV

Manuel Pardo, en asociación con la Sociedad Independencia Electoral (la matriz del Partido Civil), representa el camino peruano hacia su propia transformación política, la que se define tanto en el campo de la praxis como en el de la ideología. Una de las particularidades de este libro, y que se vincula con lo anterior, es que se basa en el estudio de dos importantes archivos documentales. El primero, formado por una colección de cartas políticas del candidato, guarda la llave que permite abrir la puerta a la dinámica de la campaña electoral de 1871-1872. Mediante la lectura de su voluminosa y sostenida correspondencia con activistas, periodistas, capituleiros, electores, congresistas y cabecillas de masas, es posible tomar el pulso a la campaña más disputada de nuestra historia republicana. Permite aproximarse, también, a la vorágine en medio de la cual se fue construyendo esa impresionante maquinaria electoral, cuyos tentáculos lograron penetrar hasta los rincones más alejados del Perú, fracturando los soportes de la vieja política provinciana, que funcionaba como verdadero coto privado. No cabe duda de que la habilidad comunicacional de Pardo fue lo que permitió diseñar esa «comunidad política imaginada» que cruzó de norte a sur y de este a oeste el territorio peruano.

Aparte de la fabulosa correspondencia política, conformada por alrededor de 4500 cartas, este libro incorpora el epistolario entre Manuel Pardo y su primo y cuñado José Antonio de Lavalle. El uso de este valioso archivo privado, que comprende veinte años de comunicación ininterrumpida entre los parientes, permite que nos acerquemos a los aspectos más desconocidos de la vida pública y privada de Pardo, y a los desafíos que le significó participar en dos procesos electorales: el primero, que lo lleva a la presidencia de la república en 1872, y el segundo, que lo conduce a la jefatura del Senado en 1878. Luego de leer sus cartas privadas y entrar en su núcleo más íntimo, es posible confirmar esa imagen multidimensional

del fundador del Partido Civil a la que aludíamos inicialmente. No hay que esperar mucho para que aparezca el hábil y astuto empresario, *alter ego* del político inteligente, voluntarioso y audaz que asume con valentía el liderazgo de la oposición cuando comprende que las condiciones políticas para derribar a un sistema caduco ya están dadas. Su conocimiento exacto de la enrevesada mecánica electoral montada por los caudillos militares; su indiscutible convicción republicana, de cuya tradición se considera un abanderado; y el trascendental apoyo político y económico de sus correligionarios serán, sin duda, las claves del éxito del movimiento que encabeza.

V

Otro de los aportes de esta obra es mostrar cómo, durante los años del auge guanero, la burguesía peruana logró acumular el capital económico imprescindible para derrotar a los señores de la guerra —a la sazón, dueños absolutos de los recursos fiscales—, afianzando simultáneamente un acervo político e ideológico que terminará siendo fundamental en la consolidación de su proyecto. Si la suerte de la coalición liderada por Pardo dependió estrechamente de la combinación precisa entre dinero, sensibilidad política y conocimiento de la historia electoral del Perú, no cabe duda de que su proyección histórica solo se explica gracias a su oportuna vinculación con la temprana ideología republicana. Pienso que uno de los aspectos más interesantes de la campaña de 1871-1872, además de la intensa movilización política en cada distrito, provincia y departamento, fue el diálogo fructífero que Pardo entabló con esa rica tradición.

Por todo lo anterior, podemos señalar con propiedad que el periodo 1871-1878 constituye una era fundacional en la política peruana. Durante esos años, una burguesía nacional —para entonces, dueña absoluta de sus recursos económicos— delineó una visión del país que quería para ella y para las generaciones venideras.

Podemos estar de acuerdo o no con sus propósitos, metas e incluso criticar sus exclusiones. Lo que no está sujeto a discusión es el hecho de que, en esa coyuntura excepcional, en la que se imaginó el desarrollo para el Perú de la era posguano, surgió la voluntad política de construir el proyecto más ambicioso del siglo XIX: la reforma del Estado, un modelo de educación ciudadana, la expansión de la frontera agrícola, el fortalecimiento de la nación económica, la descentralización municipal y la nacionalización de un recurso estratégico como el salitre.

VI

A propósito de este libro —que, en el aspecto personal, significa volver sobre los pasos que di por primera vez hace más de tres décadas—, vino a mi memoria un asombroso relato que escuché en el Archivo General de la Nación cuando recién empezaba a conocer a nuestro personaje. Era sobre las circunstancias en las que fueron encontradas las miles de cartas que hoy forman parte del archivo Manuel Pardo. Si mal no recuerdo, fue en una casa de Chorrillos donde aparecieron, luego de un derrumbe, decenas de cajas con esas miles de hojas —algunas ilegibles— que hoy permiten reconstruir la trayectoria económica y política del expresidente de la república. Alguien se contactó con el Archivo, y así fue como sus funcionarios se enteraron de que una importante documentación se desparramaba en la calle, e incluso de que personas inescrupulosas estaban traficando con ella. A estas alturas, es imposible saber si las miles de cartas y documentos que hoy se encuentran catalogados son todos los que formaban el archivo personal de Pardo. Muchos documentos, no sabemos cuántos, se perdieron, y todo indica que jamás los conoceremos. De lo que sí debemos felicitarnos es de haber podido recuperar pedazos de una memoria histórica a la cual, literalmente, se la estaba llevando el viento.

Aquel episodio, tremendamente significativo para comprender la fragilidad de todo testimonio y el carácter provisional de nuestras aproximaciones, nos remite también al objetivo central de este libro: me propongo, básicamente, compartir con un público amplio una historia que considero importante y que no quiero que termine llevándosela el viento. Una historia que nos puede ayudar a entender la formación de la cultura política peruana, justo cuando la política —como oficio y tradición— enfrenta una crisis de legitimidad ante la cual no podemos permanecer indiferentes. No es una historia escrita como homenaje. Tampoco como añoranza. Es simplemente un relato que nos puede mostrar las alternativas que existen cuando la sensación de crisis nubla la mirada.

¿Por qué *Homo politicus*? Simple y directo, el título plantea una mirada retrospectiva a un momento de nuestra historia en que la política fue percibida como una actividad trascendente y, por ello, llena de significado. Una visión, por supuesto, radicalmente distinta de la que prevalece en nuestros días. Hacer política en el siglo XXI, en el Perú o en cualquier lugar del planeta, ya no parece una actividad digna y meritoria. En un momento en que la política parece desprestigiada, y en un contexto en el cual la sociedad de consumidores parece haber vencido a la de ciudadanos, considero importante —por qué no— regresar al lugar de origen y al contexto en que aquel importante concepto surgió. El pensamiento griego fue hijo de la política, así como esta palabra lo fue de la ciudad. El ser humano, para los griegos, era algo más que un *homo sapiens*. Era, esencialmente, un *homo politicus*. La *polis* —que es como los griegos definieron a la ciudad— es el objeto más elaborado del pensamiento, y, en esa misma línea argumentativa, es la política la que da inicio al uso del lenguaje. Es por ello que Jean-Pierre Vernant señala que la precursora del *logos* ('pensamiento') es la política, cuyo mayor objetivo fue preservar la libertad en las relaciones humanas.

Entre 1871 y 1878, Manuel Pardo y sus seguidores lucharon por capturar el poder, pero, fundamentalmente, combatieron con

todos los medios a su alcance para liberarse de cincuenta años de yugo militar. En esa lucha feroz por cambiar el sentido de la historia, se fue forjando un legado que es original y está compuesto de un lenguaje, de unas prácticas y de una extraordinaria determinación. Porque sin la «musculatura del alma», frase con la que Pardo definió la fuerza de voluntad que debía exhibir un *homo politicus*, era imposible colocar las manos sobre las ruedas de la historia, y menos llevar a cabo ese acto esencialmente humano de transformarla.

VII

La reinención del Perú, luego de los años de la guerra que Sendero Luminoso declaró a millones de ciudadanos peruanos, nos permitió descubrir, como ahora ocurre con la COVID-19, la inmensa resiliencia y vitalidad de una nación diversa y milenaria como la nuestra. Sin embargo, y con todas las limitaciones de un modelo precario que una terrible peste evidenció, una serie de reformas, bastante criticadas, sacó de la pobreza extrema a un porcentaje del país. La ausencia de un sistema de partidos —causa primordial de la irrupción en la política de un *outsider* que devino súbdito japonés— y la precariedad institucional siguen siendo los principales problemas por resolver, a lo cual se suma la existencia de millones de compatriotas no integrados, sin acceso a educación de calidad, a servicios básicos (agua, electricidad, entre otros) y menos a la representación efectiva por parte de un gobierno local. El Estado peruano sigue siendo ineficiente en la redistribución de los recursos y, sobre todo, en la resolución de conflictos sociales. En esta nueva encrucijada en la que nos encontramos, que es de reconstrucción nacional, el quehacer político, entendido como servicio público y visión de país, debería estar en el centro de la discusión nacional.

Julio Cotler cree que la tarea inaplazable para los años venideros será organizar partidos de intereses y no de identidades.

Se podría añadir que, en este periodo de incertidumbre, no sería una mala idea volver la vista al diseño original de la república peruana. Este libro propone inspeccionar sus cimientos; recorrer sus aposentos; asomarse a sus balcones —desde donde muchos soñaron con un futuro mejor—; e incluso penetrar, linterna en mano, en los sótanos y áticos que guardan muchos de los secretos que aún esperan ser develados. Estoy convencida de que en este recorrido que propongo —no exento de pesares y contrariedades— recobramos no solo importantes fragmentos de nuestro pasado republicano, sino tal vez incluso una dosis de la energía y de la creatividad política que tanto necesitamos para plasmar un proyecto de país para el siglo XXI. Actualizando a la república mediante la narrativa histórica; reflexionando sobre las normas, creencias y valores de sus ideólogos; o vibrando con el vocabulario, los símbolos, los gestos, los rituales y el intenso quehacer de sus *homo politicus*, podremos descubrir que compartimos una cultura política no exenta de claroscuros, y que ella constituye, además, nuestro patrimonio indivisible.

Esta nueva edición de *Homo politicus*, que sale a la luz a quince años de su publicación original y en el sesquicentenario de la inauguración presidencial de Manuel Pardo, analiza la figura del primer mandatario civil, pero también el surgimiento del primer partido político del Perú con llegada nacional. Ciertamente, debido al fracaso de liberales y conservadores en lidiar con el caudillismo militar, en 1871 aparece una nueva opción política que instala el concepto de ciudadanía en el centro de la discusión. Es una ciudadanía minimalista, aunque —cabe la aclaración— todavía no se ha restringido el voto que excluirá, más adelante, a la población indígena de participar en las elecciones. El republicanismo que se invoca apela a la reforma del sistema electoral, pero también del sistema económico con un objetivo claro, sacar al Perú de su postración material, además de la erosión de la institucionalidad que el patrimonialismo faccioso, instaurado por los caudillos y sus socios, causaron a lo largo de medio siglo de guerras civiles. Fue en medio

de un conflicto armado intermitente que el Perú se territorializó, y que una acelerada movilidad social —a través de la corrupción— ocurrió en Lima y en otras ciudades, y el Estado, temprano antecedente del actual, se definió de tumbo en tumbo. Luego de releer las páginas que escribí hace una década y media para un público general, llego a la conclusión de que la historia que cuento en este texto —el primero de una serie sobre mi obra que Editorial Planeta publicará— sigue siendo relevante. Más aún, en medio de la crisis estructural que estamos viviendo, luego de que la pandemia se llevara la vida de casi un cuarto de millón de compatriotas. En estos tiempos en los que una reforma política del Estado y del modelo económico que lo sostiene son vitales para su propia supervivencia, comparto este texto que narra cómo un puñado de peruanos intentó dismantelar el leviatán guanero, y, en el camino, nos dejó un ejemplo de lucha y una tradición política que vale la pena analizar, criticar y, si es posible, resignificar de cara al siglo XXI.

Este libro es el producto de varias décadas de quehacer académico, y es por ello que son muchas las deudas contraídas. En primer lugar, quiero agradecer a Magdalena Chú, Margarita Guerra y Carlos Iván Degregori, por acoger, en nombre de la Oficina Nacional de Procesos Electorales, del Instituto Riva-Agüero y del Instituto de Estudios Peruanos, la primera edición de *Homo politicus*. A Carlota Casalino, por proponerme escribir un artículo que, finalmente, se transformó en libro; y a Roberto Niada, Geraldo Flores y Andrés Estefane, por colaborar en diferentes etapas con la edición del primer manuscrito. A Eduardo Dargent, Luis Felipe Villacorta, al Instituto Riva-Agüero y a la Biblioteca Central de la Universidad Católica, por permitirme usar las imágenes que me han servido para iluminar importantes aspectos del siglo XIX. Un agradecimiento especial va para dos excelentes interlocutores: José Ragas y José Luis Rénique. La comunicación intensa, que la producción de este libro propició, entre Lima, Sewanee y Nueva York, hace quince años, fue fundamental para la concepción de sus capítulos y la definición de sus aspectos formales.

No puedo dejar de mencionar a mis maestros, en especial a Margarita Guerra y Paul Drake, con quienes empecé a delinear, a fines de la década de 1980, muchos de los temas que luego sirvieron de base a mis estudios sobre Manuel Pardo y el Partido Civil. Cuando decidí abrir mis cajas llenas de fichas y de apuntes para volver al viejo tema de la cultura política peruana decimonónica —con el que empecé mi carrera de historiadora—, vino a mi memoria un sinnúmero de momentos gratos. Recuerdo, en especial, esas tardes de invierno en el Instituto Riva-Agüero, donde sostuve interminables conversaciones con Lucho Jochamowitz, las que enriquecieron mi visión de un periodo fundamental en la historia republicana, como es el septenio 1871-1878. Lucho me regaló muchísimas historias que aún atesoro, entre ellas, la de Dolores Valiente y el complot de la «máquina infernal», que aparece en este texto. Las largas pláticas en la vieja biblioteca del Instituto Riva-Agüero me ayudaron a descifrar el entramado de la compleja política electoral peruana. Por esos mismos años tuve la suerte de conocer, también en el Instituto, a Ada Arrieta y Martha Solano, excelentes profesionales y mejores amigas.

A propósito de amigos, este libro es un homenaje a todos y cada uno de ellos, a la historia y a Sewanee. Esta suerte de trilogía tiene su razón de ser. A lo largo de todos estos años de desarraigo, mis amigos, mi profesión y un pequeño pueblito ubicado en una montaña de Tennessee han sido, junto con mi familia, el refugio que me ha permitido superar la nostalgia que conlleva el estar alejada físicamente del Perú. No voy a mencionar nombres específicos, porque la lista es muy larga; sin embargo, lo que quiero resaltar es que el soporte y el cariño de mis amigos han sido cruciales para mi desarrollo personal y profesional. El apoyo de mi universidad y de mis colegas del Departamento de Historia de The University of the South Sewanee ha sido invaluable en mi carrera académica. En esta segunda edición debo agradecer a María Fernanda Castillo por su incondicional apoyo en momentos difíciles. Así como también a Maricarmen Arata y Alessandra Miyagi, quienes con su cariño y

profesionalismo, me ayudaron a editar el manuscrito original que hoy presento a una nueva generación de lectores, junto con las potentes y bellas ilustraciones de Giovanni Tazza.

Por último, quiero agradecer a mi familia, en especial a mi adorado Enrique, a quien este libro va dedicado con un beso hasta el cielo. A Kike, Lana, Mariana, Andrew, Juliana y Emma, por el cariño constante. A mis mascotas, Dodo, Maple y Rabito, a las que adoptamos durante la pandemia de COVID-19. Estos tres gatitos, junto con mis seres queridos, se encargan diariamente de recordarme que la vida es un milagro, y por eso nuestra obligación es respetarla y celebrarla, por más desafíos que nos corresponda enfrentar, al igual que las generaciones que nos precedieron y las que nos sucederán.

Whittier, California, 12 de abril de 2022